

Grandes Cuentos

de los valores de la contraloría social



Secretaría de
la Transparencia
y Rendición
de Cuentas



guanajuato.gob.mx

Prefacio

Las personas adultas mayores contribuyen a la cultura de una sociedad participativa a través de los principios básicos de la Contraloría Social que también son valores desde la infancia relacionados con la honestidad, participación y legalidad. Estos cuentos se obtuvieron a través del concurso “Te cuento con Honestidad” en donde participaron abuelas y abuelos del estado de Guanajuato.



El huerto de los valores

Julia Ragoitia Pereira, Xichú, Gto.



Había una vez en la sierra de Xichú, un conejo muy generoso, tolerante y respetuoso llamado Pablo. Él tenía un huerto lleno de zanahorias, manzanas, sandías, melones, mangos, fresas, uvas; en fin, tenía de todo.

A diario regaba, podaba y abonaba su huerto. Le daba unas frutas muy bonitas y grandes que todos los animalitos de la sierra se los compraban. A veces era tan generoso que llegaba a regalar sus frutas con tal de ver felices a los demás.

Una mañana cuando cuidaba su huerto, se dio cuenta que le faltaban fresas, pero pensó que las había regalado así que no le dio importancia.

Al día siguiente notó que le faltaban unas sandías y melones, pero igual no le dio importancia. Tres días después se dio cuenta de que no tenía ni una sola fruta en su huerto.

Preocupado y triste decidió preguntar a la señora ratona, que era su vecina, si había visto lo que sucedió o si vio a alguien extraño, pero ella le contestó lo contrario.

Todo el día el pobre conejo se la pasó preguntando sobre el caso pero no encontró, ni se enteró de nada.

Las siguientes semanas estuvo buscando respuestas a lo sucedido, pero todo siguió igual.

Defraudado decidió que iba a plantar más frutas y así salir adelante. Después de unos meses de mucho esfuerzo tuvo de nuevo una gran variedad de frutas.

Y todo volvió a la normalidad, como siempre había sido. Un día saltando por la calle, Pablo el conejo vio una nueva casa al finalizar el gran lago, con un huerto con las mismas frutas que tenía antes y decidió ir a investigar.

Descubrió que ahí vivía doña Carmen la cabra, y le preguntó sobre su huerto:

-Disculpe doña Carmen, ¿dónde consiguió todas esas frutas para tan esplendoroso huerto?

-Pues... me da mucha pena decirle, pero me las robé de una huerta muy bonita.

-Pero doña Carmen, ¿cómo pudo hacer eso?

-La verdad la estaba pasando mal, tenía días que no comía, hasta que un día vi ese hermoso huerto y decidí ir en las noches a robarme un poco de frutas.

-Qué pena doña Carmen, ¿y se puede saber dónde se encuentra tan fabuloso huerto?

-Pues... a lado de la casa de doña ratona.

-¡Doña Carmen! Estoy muy indignado ya que el huerto de donde se roba las frutas es mío.

-¡Discúlpeme don Pablo! No lo sabía, ojalá pueda perdonarme.

- No se preocupe doña Carmen, está perdonada.

Como muestra de disculpa, doña Carmen se ofreció a ayudarlo con su nuevo huerto.

De ahí en adelante se hicieron grandes amigos y el señor conejo le enseñó a doña Carmen la cabra a ser más respetuosa y a poner en práctica los valores.

Con los valores aprendidos hicieron un mercadito donde las fresas representan la generosidad, las sandias la honestidad, los melones el respeto, las zanahorias la amistad, los mangos la tolerancia, las uvas la humildad, las manzanas la solidaridad y las moras la bondad para que no se olvidara la importancia de los valores.

Fin

La bicicleta mágica

Ma. del Carmen Mireles Salado, Ocampo, Gto.



Juanito era un niño muy pobre que apenas tenía un par de juguetes, porque sus papás se habían quedado sin trabajo. Sus amigos tenían de todo: libros, videojuegos, pelotas y bicicletas, pero él tenía que conformarse con otras cosas y se divertía jugando al escondite, a las carreras o a cualquier otra cosa que no fuera material.

Algunos niños se reían de él y le decían:

-Yo tengo de todo, tú no tienes nada, le decían cantando.

Pero él era feliz no necesitaba juguetes para divertirse.

Un día Juanito se fue a la milpa con su abuelito y encontró una bicicleta antigua y rota, pensó en llevársela, pero decidió dejarla por si era de alguien.

Después de unos días Juanito regresó y la bicicleta seguía ahí. Decidió llevársela y aunque era vieja y no era bonita consiguió que funcionara. Ese día uno de sus amigos lo vio con la bici y se rió de él. Le preguntó: ¿A dónde vas con esa bici fea y rota? Juanito contestó: me la encontré tirada pero no es fea, me gusta mucho y la usaré para ir con mi abuelito a pasear por la milpa. Su amigo siguió riéndose de él y le dijo: esa bici era mía pero como ya está fea y rota te la regalo. Juanito le contestó: gracias amigo, no importa que esté fea, a mí me trae mucha felicidad el tener una bicicleta.

Al llegar Juanito con su abuelito le dijo que su bici era mágica y él sorprendido le preguntó: ¿Por qué? Juanito contestó: porque desde que la encontré me siento feliz y al pasear en ella siento que vuelo sobre la milpa. Su amigo quien estaba cerca de ellos escuchó lo que Juanito le decía a su abuelo entonces dijo: no es posible, cómo fui capaz de haberle regalado mi bicicleta si es mágica. Entonces el amiguito decidió robarsela a la mañana siguiente.

Juanito buscó su bicicleta y se dio cuenta que ya no estaba, mientras tanto su amiguito quien la había robado se fue hacia las milpas, pues quería ver si era verdad que la bicicleta era mágica y lo hacía volar.

Mientras la pedaleaba se percató que no se elevaba y entre más le daba nada pasaba, entonces ya molesto dijo: Juan es un verdadero mentiroso, esta bicicleta no tiene nada de magia aparte de que es vieja y fea. Y mientras iba refunfuñando nunca se percató de que muy cerca había un gran hoyo donde cayó y se dio un santo porrazo y la bicicleta voló.

Mientras tanto, Juanito buscaba su bicicleta y a lo lejos escuchaba una voz que gritaba: ¡Auxilio, sáquenme de aquí! Juanito se acercó al gran hoyo donde se había caído su amigo y le dijo: ¿Qué te pasó amigo?, mientras le ayudaba a salir. Él le contestó: iba caminando y nunca me fijé que estaba este hoyo aquí, gracias por la ayuda Juan y tú, ¿Qué haces aquí?, Juan le contestó: estoy buscando mi bicicleta, creo que alguien la robó y estoy muy triste pues era mágica. El amigo le dijo: eso no es verdad. Juan le contestó: ¿Por qué dices eso? ¿A caso tú la tienes? El amigo le dijo: no, yo no te iba a robar esa bicicleta vieja y fea por eso la tiré. Entonces Juan volteó al lado del camino y le dijo: mírala está ahí. Su amigo le contestó: déjala ahí tirada no sirve para nada y es muy fea, yo no sé cómo puedes decir que es mágica si a mí me tumbó en éste agujero. Juan le contestó: ¡Ah!, entonces sí la robaste.

El amigo le contestó: pues quería saber si realmente era mágica.

Juanito le dijo: amigo mío la magia no se encuentra en lo material de las cosas, la magia se encuentra en cada uno de nosotros y para que tú pudieras volar en esta bicicleta no necesitabas robarla sino ser honesto contigo mismo, creer en ti y en tu capacidad de imaginar y creer que es posible lo imposible.



Fin

El árbol de la honestidad y la transparencia

Ma. Concepción Segura Torres, Ocampo, Gto.



Esta era una niña llamada Elizabeth, que vivía en un pueblito chiquito que se encontraba a las orillas de un hermoso bosque lleno de árboles grandes.

Un día la mamá de Elizabeth se encontraba algo enferma y no podía con todas las tareas del hogar, por lo que le pidió a Elizabeth que por favor se encargara de ayudarla, pero Elizabeth no quería porque tenía flojera y con malas caras y sin hacer esfuerzo por levantarse de la cama dijo en voz baja ¡No!

Entonces se le ocurrió que fingiría estar enferma, para poder permanecer en la cama y no hacer nada de lo que su madre le había ordenado.

Cuando su madre llegó a su cuarto para preguntarle por qué seguía en la cama y no estaba haciendo lo que le había pedido, la pequeña Elizabeth entre estornudos fingidos contestó: me siento un poco mal madre, parece que yo también estoy enferma. La mamá, como la mayoría de las madres, de inmediato se dio cuenta que le estaba mintiendo, así que decidió darle una lección.

Se acercó a ella, le dijo que se levantara de la cama y le ordenó que se pusiera su abrigo. Salieron y se dirigieron al bosque. La pequeña Elizabeth tenía miedo y comenzó a sentirse mal de verdad, su madre notó de inmediato que algo le pasaba a Elizabeth, pero siguieron caminando hasta que llegaron al centro del bosque en donde se encontraba un pequeño árbol. Aquel árbol era diferente a todos los que había ahí, tenía un tronco pequeño y brillaba. Se detuvieron frente a él y la madre

de Elizabeth comenzó a contarle una historia: este árbol me lo regaló tu abuelo cuando yo tenía tu edad y me enseñó a cuidarlo. A muchas personas no les gustaba porque es pequeño pero lo que no saben es que se trata de un árbol especial, sólo puede descubrir su carisma aquella persona que sea honesta.

La pequeña Elizabeth asustada le preguntó:

-¿Por qué vinimos madre? ¿Para qué me cuentas esa historia?

Y su madre le contestó:

-Es que ahora yo quiero regalarte este árbol y enseñarte a cuidarlo, quiero que descubras en él lo que yo descubrí cuando tenía tu edad.

Su madre le dijo que se acercara al árbol y lo viera detenidamente.

Entonces le dijo: creo que hay algo que tienes que contarme ¿No es así Elizabeth?

Elizabeth asustada y sorprendida le respondió: madre lo siento mucho, no sé por qué estamos aquí, pero me quiero ir a casa, tengo miedo y te he mentado, no estoy enferma, sólo tenía flojera de ayudarte a limpiar pero ahora sí quiero hacer lo que me ordenaste. Su madre sin decirle nada sonrió y de repente el árbol de la nada dio una pequeña manzana roja. Elizabeth se asustó y le preguntó a su mamá qué pasaba. Y ella le contestó: el árbol te ha premiado por haber dicho la verdad, es por eso que estamos aquí y quiero regalártelo, para que ahora tú te encargues de cuidarlo como yo lo hice.

Ahora toma la manzana y cómetela. Elizabeth hizo lo que su madre le dijo y comió la manzana. ¡Mmm! esta riquísima, dijo Elizabeth y entonces su madre le dijo: si eres honesta podrás

disfrutar de muchas manzanas como ésta, y fue así que Elizabeth comprendió lo que su madre quería decirle.

Desde entonces, Elizabeth es una niña honesta que no le miente a su madre y hace todo lo que ella le ordena, además se encarga de cuidar su pequeño árbol, quien por cierto es carismático, pues es el único de aquel inmenso bosque que a pesar de ser el más pequeño, puede hacer crecer en sus ramas deliciosas manzanas con las que premia a toda aquella persona que es honesta. Cosa que los demás árboles no pueden hacer.

Fin

El niño y la ardilla

Ma. Carmen Ramírez Guido, San Francisco del Rincón, Gto.



Había una niña que vivía con sus papás y sus hermanos, en una bonita y modesta casita en el campo. Era un lugar realmente hermoso donde había árboles altos con ramajes verdes, a los que a ella le gustaba subirse llevando consigo a su muñeca, porque cuando estaba arriba, en las ramas más altas, se imaginaba que iba volando en un avión, paseando con su muñeca.

El nombre de la niña era Carmelita, y le gustaba levantarse diariamente muy temprano, porque le impresionaba ver salir el sol y escuchar a los pajaritos cantar en la mañana.

Se sentía muy feliz, pero eso no era todo.

Cerca de esa casa había un estanque de agua muy bonito y redondito. A Carmelita le gustaba ir al medio día a ver el agua porque ahí vivía una hermosa “chirriónera de agua” que salía a tomar el sol y respirar el aire limpio.

En ese lugar había también un potrero muy alto y rodeado de árboles. En él vivían ardillitas que salían muy monas a cantar encima del potrero, y a tomar el sol. Carmelita miraba cómo las ardillas buscaban comida; ambas eran felices, ardilla y niña.

Al otro lado del potrero brotaba agua cristalina de la tierra y corría formando riachuelos. Sobre ellos amanecían los lirios muy floreados con hermosas flores.

Carmelita iba a diario para sentir la mañana alegre y feliz, conviviendo con los pájaros, el sol, el agua, las rocas, las flores y por supuesto las ardillas, entre otros tantos animales que ahí habitaban.

En aquel hermoso lugar vivían también algunos niños “piedreros”, lo cual significa que les aventaban piedras a las ardillas. Ellas se escondían rápidamente cuando veían a esos niños. Nacho era uno de ellos.

Una mañana mientras Carmelita se dirigía a ver los lirios floreados, a escuchar los pájaros cantar, a disfrutar del agua, del sol y del aire, vio de repente que Nacho le tiraba una piedra a las ardillas, atinando en una de ellas, la cual se escondió como pudo entre las piedras.

Carmelita corrió angustiada y dijo:

-Nacho, amigo mío, ¿Por qué golpeaste a la ardilla? Sé que no era tu intención, pero creo que la has herido.

Nacho contestó riendo: Ja, ja, ja ¿Cuál ardilla? Yo no aventé la piedra.

Carmelita se entristeció y le dijo: no debemos dañar a los animales que viven aquí, todos somos parte de la naturaleza, debemos respetarnos y convivir, porque todos tenemos una función en ella. Mira, las ardillas comen frutos; al hacerlo, dispersan las semillas que comen y así crecen nuevos árboles. ¡Ya sabes cómo nos encantan los árboles! y nos dan oxígeno. También, al igual que las ranas, las ardillas comen algunos insectos y eso hace que no haya demasiados.

-¡Pues no me interesa! Yo no hice nada- replicó Nacho y se fue burlándose.

Carmelita se quedó muy triste por la ardilla, y por Nacho que fue deshonesto. Buscó a la ardilla herida, y la encontró. La llevó a su casa con ayuda de sus papás y hermanos, la curó y la cuidó hasta que estuvo en condiciones de regresarla al potrero. Carmelita nombró a aquella ardilla "Ema". Desde ese día las ardillas se hicieron aún más sus amigas.

Un día, mientras Nacho corría por el campo, cayó en un profundo agujero. Y ¡Zaz!, se escuchó el ruido de su espalda. Intentó salir de ahí pero al ver que no podía, comenzó a pedir auxilio: ¡Ayúdenme!, decía desesperado. Nadie lo escuchaba, llegó la noche y estaba muy asustado en la oscuridad, oía el cantar de las aves nocturnas, entre ellas el cantar de una lechuza. Recordó que las lechuzas se alimentan de carne, pues son aves de rapiña y se asustó aún más.

De repente, comenzó a escuchar ligeras pisadas allá arriba, alrededor del agujero. Aunque tenía miedo, de algún modo sintió que eso que estaba ahí, lo protegería de los otros animales nocturnos y se quedó dormido.

A la mañana siguiente, escuchó pasos y volvió a gritar.
¡Auxilio! ¿Anda alguien ahí?

Los pasos se acercaron hacia él y se sintió feliz al escuchar la voz de su amiga Carmelita: Nacho ¿Eres tú?, respondió Nacho: ¡Sí Carmelita! ¡Ayúdame a salir de aquí por favor! Carmelita dijo: ¡Claro que sí!, permíteme ir por mis hermanos. Carmelita se fue, al poco rato llegó con sus dos hermanos quienes rápidamente colgaron una soga de una fuerte rama del árbol, le lanzaron un extremo a Nacho y con mucha precisión lo ayudaron a salir del agujero.

Cuando Nacho salió vio que Carmelita estaba rodeada de ardillas y se sorprendió. Luego de agradecerle preguntó: dime Carmelita ¿Cómo es que te diste cuenta de que estaba atrapado en el agujero? Ella respondió: esta mañana en cuanto salí de mi casa, la ardilla "Ema" estaba en mi puerta y corrió delante de mí para que yo la siguiera, y me trajo hasta aquí. Cuando llegué vi un grupo de ardillas a la entrada del agujero y fue cuando pediste auxilio. Nacho no podía creerlo, estaba atónito de ver cómo las ardillas lo habían cuidado en la noche y le habían hablado a Carmelita para que lo ayudara. Gracias, estoy muy agradecido - dijo Nacho -. No me agradezcas sólo a mí -dijo Carmelita- como te dije, todos somos importantes y somos amigos. Este árbol que creció justo aquí para tenderte su rama, el sol que nos dio luz para ver de día, Ema y las otras ardillas, mis hermanos, tú y yo. ¡Ah!, y no olvides también a las amigas piedras. A lo que Nacho contestó: ¡Sí!, y ya aprendí que aunque son mis amigas no se las debo aventar a las ardillas. Me comporté mal al no decir la verdad. Me disculpo por lo que hice y ahora sé que debo ser honesto en lo que hago y que todos debemos respetarnos. Aprendí la lección, ¡Vayamos a jugar!

Fin

Los valores de Lucas

Sanjuana Galindo Medrano, San Diego de la Unión, Gto.



Había una vez una familia de leoncitos que vivían en la selva. Era la mamá, el papá, dos leoncitos y una leoncita que era la más pequeña. También con ellos vivían el abuelo y la abuela leona. Todo era felicidad, amor, confianza y unión. Los abuelos siempre trataban de transmitirles a sus hijos y a sus nietos los valores. Cuando llegó el día en que los leoncitos entraran a la escuela, se levantaron con gran alegría. La mamá les preparó un gran almuerzo y la abuelita los llevó a la escuela. Ahí encontraron muchos amiguitos como el leopardo, la ardilla, el elefante, la jirafa y el conejo. Les había tocado como maestro un gran rinoceronte, el cual tuvo que salir un momento, por lo que empezaron a jugar todos los animalitos. Cuando regresó les dijo:

¿Qué está pasando aquí niños? El leopardito llamado Leonardo estaba llorando. Preguntó el rinoceronte: ¿Qué tienes Leonardito? Contestó Leonardo: ¡Mmmm! ¡Es que me! De pronto lo interrumpió Fer el elefante: Lucas el león lo golpeó, lo mordió y casi lo mata.

¡Pero cómo es posible esto! No puede estar pasando aquí en mi salón, dijo el rinoceronte. A lo que Lucas dijo: no maestro, yo sólo estaba jugando y él se cayó, de verdad que no le hice nada. ¡Cállate!, ahora estás fuera de mi clase y llamaré a todos los padres de tus compañeros para que vayan con el gran gorila y no te acepten más en ninguna de sus escuelas. Eres una vergüenza, eres un león malo, vete. El leoncito se fue llorando y llegó a su casa. Le platicó a sus papás y a sus abuelos, ellos le preguntaron si era verdad que le había pegado tan feo y Lucas les dijo: ¡Por favor, confíen en mí, yo les juro que no lo hice! A lo que le contestó la abuela: claro que creemos en ti, sabemos que eres un leoncito honesto y que no mentirías.

Al siguiente día, la abuelita llevó a Lucas a la escuela. Ya estaban todos los animales de la selva con el maestro quien le dijo: señora, llévese a su nieto pues ya no lo aceptaré en mi salón, queda expulsado y tengo el respaldo de los padres de todos los animalitos que no quieren más a su nieto. Lucas, vámonos, dijo la abuelita. Adiós profesor, hasta mañana, le dijo Lucas al rinoceronte. Pero ya no había mañana pues estaba expulsado.

Cuando llegaron a casa, la abuela les platicó a los padres de Lucas, quienes lloraron mucho, mientras Lucas no se cansaba de decirles que era una injusticia. Pasaron muchas noches llorando pues la selva entera los veía como a unos asesinos. Cuando caminaban por las calles todos lo veían y se cuchicheaban y decían: mira, allá va el león malo que casi mata a Leonardito.

Pero Leonardito sentía algo de culpa, pues se estaba cometiendo una gran injusticia y por no decir la verdad estaban culpando a Lucas que era inocente. Entonces pensó: qué malo he sido, no puede ser, por qué no dije la verdad, por qué no fui honesto. Pero se armó de valor y les contó la verdad a sus papás. Ellos lo regañaron y le dijeron que tenía que ir con el maestro y decirle la verdad. A lo que Leonardo les contestó: ¡No mamá!, no puedo porque entonces me castigará a mí. Su mamá respondió: tú te lo buscaste; y te enseñaré a hacerte responsable de tus actos, pues obraste mal, yo te he dicho que seas buen niño y te comportaste muy mal. ¡Pero mamá!, Fer el elefante fue el que dijo esa mentira, replicó Leonardo. ¡Sí!, le contestó la mamá, pero tú debiste decir que no era verdad, ahora vamos a ver al maestro.

Llegaron a casa del maestro y tocaron. Salió el rinoceronte y preguntó qué deseaban. Llorando dijo Leonardo: maestro quiero decirle que mentí, pues Lucas no me pegó, todos estábamos jugando y yo me caí, me siento muy mal por no decir nada. ¡Pero cómo!, respondió el rinoceronte. ¿Te das cuenta que castigué y expulsé a tu compañero? Contestó Leonardo: ¡Sí!, por eso vengo a decirle la verdad.

Al otro día el rinoceronte convocó a todos los animales de la selva, al leoncito y a sus papás, quienes tenían miedo pues pensaban que era para algo malo, pero en realidad era para pedir perdón por lo que había sucedido, a lo que Lucas contestó:

Mis papás y mis abuelos me han enseñado lo que es realmente valioso y eso es la honestidad y ustedes no fueron honestos y mintieron haciéndome daño. Pero también me enseñaron que para ser felices debemos perdonar, así que mi familia y yo los perdonamos.

Y desde ese día nombraron el día de la honestidad y el perdón, y lo celebraban conviviendo con todos los pobladores de la gran selva.



Fin

Checo y el pollo sin alas

Blanca Estela Medrano, Villagrán, Gto.



Vivo en un barrio muy pobre, pero yo lo veo muy hermoso. Mi mamá se va a lavar a las casas y cuando regresa me da de comer. A mí me sabe rico todo lo que hace, aunque a veces tengo que pescar los granitos que giran en el plato; pero yo siempre me digo: eres un pollo correlón y te voy a atrapar con mi cuchara. Cuando termino salgo a jugar con los niños de la calle y siempre me

preguntan: ¿Qué comiste hoy?, y siempre digo: pollo sin alas. Mis amigos me dicen: que afortunado eres, pues comes pollo; nosotros comemos caldo de papa con perejil.

El domingo cumplo años y mi mamá me dijo que los invitara a comer pollo sin alas, contentos dijeron que sí. Llegó el domingo y su mamá le puso más agua a la comida y dijo, ¡llámalos a comer! Al ver los niños el plato de lentejas con mucha agua le dijeron a Checo: ¿Dónde está el pollo sin alas que íbamos a comer? Checo sonrió: es posible que no veas esas bolitas juguetonas que corren cuando meto mi cuchara, se llaman pollos, y como no tienen alas, corren alrededor del plato y con mi cuchara los atrapo y me los como. Hay que mirar el plato e imaginar lo que quieres comer y verás que te sabe a pollo.

Su mamá le puso un pastel pequeño con una vela y dijo:

Checo, pide un deseo y apaga la vela para darles un trozo de pastel a tus amigos.

Su mamá preguntó: ¿Qué deseo pediste?

Dijo Checo: que en todos los hogares siempre tengan pollo sin alas con mucha hambre e imaginación y que sean todos buenos como él para pescarlas.

Un niño dijo: a mi plato le faltó el pollo sin alas, probablemente se salió del plato.

Salieron a jugar y entre todos los papás se juntaron y le regalaron un pollo, y Checo se acercó y dijo: ¡Jamás había visto un pollo! Lo vio tan grande que dijo: ahora todo el barrio comerá

pollo con alas. Al día siguiente se pusieron de acuerdo y cada familia hizo un guisado, todos sacaron mesas y sillas, y reunidos en el patio comenzaron a platicar que todos de alguna manera tenían problemas, pero que gracias a la unión y ayuda mutua, iban saliendo adelante. Los niños se sentaron en el suelo formando un círculo y empezaron a opinar entre ellos, unos decían: deberíamos de hacer un buzón para anotar dónde están solicitando personas para trabajar en diferentes cosas, así cuando alguien necesite empleo nada más ve el buzón y si algún trabajo le sirve, de esa manera ayudamos a nuestros papás. ¿Pero quién buscaría los trabajos? Cuando salgamos de la escuela podemos fijarnos en los letreros e ir anotando los empleos y poniéndolos en un buzón. Otro niño dijo: yo puedo fijarme en el periódico y sacar información y ponerla en el buzón. Otros niños dijeron que en los trabajos de sus papás a veces solicitaban gente y podían agregar más información al buzón. Otro de los niños dijo: yo vendo boletos de lotería y puedo preguntarle a las personas si necesitan trabajadores, a ver si sale algo. Ahí fue cuando los papás se dieron cuenta de lo preocupados que estaban los niños por ayudarlos. Hablaron con ellos y les agradecieron la ayuda y dispusieron que todos juntos se ayudaran. Se juntaron e hicieron una kermés en el jardín del pueblo y juntaron fondos para vender comida y otros para comprar herramienta y hacer muebles, otros compraron tanques de gas y ofrecieron en las casas, y así formaron entre todos una manera de tener trabajo y todos hacer una empresa pequeña.

Un día llegó un señor diciendo que lo habían corrido del trabajo y que no sabía qué hacer. A sus 55 años no iba a encontrar trabajo, y entonces le comentaron los niños: debería tocar puertas y pedir que le permitan pintar las paredes rayadas de sus casas por fuera y que le paguen una módica cantidad, y nosotros le ayudamos con la pintura para que empiece a trabajar.

El señor les dijo: niños, ¿pero de dónde me van a dar el dinero para comprar pintura?

Los niños contestaron: eso es fácil cuando se tiene voluntad y ganas de trabajar; todo se logra, en tres días venga por el dinero.

Los niños empezaron a hacer mandados, a cargar canastas a las señoras del mercado, a lavar coches, a trabajar de acomodadores en las tiendas y se pusieron un letrero al frente y a la espalda "Ayuda a los desempleados". Juntaron el dinero, se lo dieron al señor, lo pusieron a trabajar y así tuvo éxito.

Así transcurrieron los días. Juanito llevó a vender sus boletos de lotería, se los ofreció a unos señores que tomaban café en un restaurante. Un señor le compró unos, pero al retirarse se le cayeron al suelo, el niño vendedor al volver a pasar por la mesa se dio cuenta y los recogió. Se dijo: mañana se los entrego. Al día siguiente fue con el tendero por más boletos de lotería, el tendero le dijo:

- Juanito, salió premiada una de las listas que vendiste. ¡Felicidades!

Llegó a su casa, buscó en su pantalón y ahí estaba el boleto ganador, y pensó: voy a ir al restaurante a buscar al señor que le vendí el boleto. Corrió a buscarlo y afortunadamente lo encontró, y le dijo:

Señor, ¿se acuerda que me compró unos boletos de lotería ayer?

- Sí, pero ahorita no puedo comprarte nada, estoy ocupado vete.

El niño se esperó hasta que se desocupó y después habló con el señor, explicándole que los boletos que había comprado el día anterior habían salido premiados, pero el señor dijo:

-Lástima, estaba tan ocupado que no supe donde los dejé.

Entonces, dijo Juanito:

-No se preocupe señor, yo los recogí cuando usted se fue del restaurante y aquí los tengo, son de usted.

El señor se quedó asombrado y dijo:

-¿Sabes de cuánto es el premio?

-Sí señor.

-¿Y por qué no te quedaste con él?

-¡No señor!, mi mamá siempre me ha dicho que si lo que trabajas no te rinde, que lo robado menos y que a lo mejor le estoy robando a alguien necesitado, y por eso se lo doy.

-¿Cómo te llamas?

-Juanito.

-¿Dónde vives?

Juanito le indicó que vivía en el barrio de San Juan.

Se fue el niño y a los tres días el señor que se sacó el premio se presentó en el barrio y pidió hablar con los papás de Juanito y les dijo:

-Los felicito por haber educado al niño y enseñarle a ser honrado, pues gracias a él gané la lotería y les quiero ayudar.

Les compraré una casa, me haré cargo de sus estudios hasta que termine una carrera, y después tendrá trabajo en mi empresa.

Todos estaban muy contentos, aunque Juanito ya tenía otra casa

seguía frecuentando a sus amigos y con ayuda del señor Ernesto que tenía una empresa; pidieron que les ayudara a construir canchas y lugares donde bailaran y pintaran todos los niños y que fuera gratuito, para que los niños de bajos recursos tuvieran donde cantar, bailar y hacer eventos. Después formaron grupos de niños y jóvenes que concursaron en deportes y bailes callejeros y mucho más. La gente se juntó y ayudaron con los concursos. Checo y Juanito, con sus papás, se encargaron de los eventos y lo recaudado lo donaron para la gente que necesitara sillas de ruedas y muletas, para que pudieran disfrutar de los deportes y del baile.

Y dijeron: el siguiente reto es ayudar a enfermos de cáncer y a los hospicios de ancianos.

Les dijo Checo: ¿No se te hace que es mucho?

Contestó Juan: ¡No Checo!, de aquí en adelante no nos detiene nadie, con la ayuda de la gente vamos a salir adelante.



Fin

**Dibuja los valores
que aprendiste**





Secretaría de
la Transparencia
y Rendición
de Cuentas

Dirección General de Participación Ciudadana y Contraloría Social

Recuerda que con la ayuda de un adulto puedes presentar felicitaciones o reportes comunicándote a:

Teléfono

473 102 37 14

Internet

<https://strc.guanajuato.gob.mx/reporteciudadano/>

Correo electrónico

contraloriasocial@guanajuato.gob.mx
agentes00trampas@guanajuato.gob.mx

Oficina

Sóstenes Rocha #33, 3er piso, Zona Centro, Guanajuato, Gto. C.P. 36000

